

El catequista, una persona que percibe lo simbólico y lo significativo

JESÚS BURGALETA

¿Cómo será el/la catequista del siglo XXI? No me gusta jugar a adivino. Sin embargo, sí quiero preguntarme cómo tiene que ser el catequista de 1998. Si hoy se realiza bien el ministerio catequético; y se es fiel, se dará paso al catequista de 1999 y al del 2000 y al del 3000.

El catequista hoy ha de ser una persona adulta creyente que sea capaz de armonizar los aspectos fundamentales de la cultura actual, sin olvidar o relegar ninguno de ellos.

El ser humano maduro es aquél que es capaz de entrar en contacto con la realidad de un modo racional y simbólico, parcial y global, intelectual y afectivo o emocional, analítico y experiencial, lógico e intuitivo, discursivo y contemplativo. Si el tiempo de lo irracional se superó con el descubrimiento y cultivo de la razón, la dictadura de la razón y del discurso se ha superado con el descubrimiento de otros cauces de conocimiento y relación con el mundo, como es el conocimiento simbólico.

El hombre moderno tiene que hacer la síntesis entre el conocimiento racional-analítico, discursivo, experimental, lógico, descriptivo- y el conocimiento simbólico -global, intuitivo, contemplativo, aproximativo-. Es necesario contar con todas las vías de acceso a la realidad, para poder caminar con los pies de la inteligencia, la ciencia, la técnica y, también, de la voluntad, la afectividad, la pasión, la imaginación, la simpatía, la aprehensión.

Un ser humano y una sociedad, o comunidad cristiana, dominados en exclusiva por la razón, la verdad o la doctrina, son un monstruo, que se ha desarrollado para acceder a un estrato de la realidad, en detrimento de todos los demás. La profundización de lo racional ha dado grandes beneficios a la humanidad, haciéndola progresar hasta metas insospechadas; pero el olvido de otros modos de acceso a la realidad nos han convertido en una cabeza gigante con corazón y pies de barro, expuesta a derrumbarse en todo momento. El hombre científico y técnico ha crecido, pero encarcelado dentro de sí y de su mundo aparente, sin dar resquicio a lo que no puede ser investigado, comprobado, contrastado, analizado y dominado con la técnica. Se ha cerrado así el camino de acceso a las realidades más fundamentales de la existencia. Realidades inverificables, pero no menos reales que lo que se puede manipular y comprobar, como son Dios, la persona, el amor, el sentido... Lo mismo ha ocurrido en la comunidad cristiana: reducida la fe a creer en verdades y a dar el asentimiento intelectual a la doctrina propuesta, se ha sido creyente de cabeza, pero no de corazón. De este modo, el afecto, el sentimiento, la voluntad, el amor, la adoración, toda la vida humana en su integridad ha quedado fuera del ámbito de la fe. Creyentes que saben, pero no viven; que conocen, pero no experimentan; que se han llenado de ideas, pero no han

saboreado nunca el encuentro. Y todo, porque nos han educado una parte de nosotros, la razón, pero no todo nuestro ser; nos han ejercitado en la inteligencia y no en la aprehensión simbólica de la realidad de la fe. Más aún, los dogmas, que pertenecen al símbolo de la fe, se han reducido a proposiciones racionales y los sacramentos, acciones simbólicas, a simples ritos «muy eficaces» que casi «de un modo automático» nos traducen a la práctica el don de Dios que nos ha propuesto la verdad de la fe.

Nuestra cultura está en condiciones de superar este desequilibrio humano, recuperando la realidad del símbolo como cauce de relación con la realidad, de conocimiento experiencial -no meramente racional- y de comunicación.

Las relaciones humanas, y del hombre con Dios, no son de sujeto a objeto -en las que el yo queda siempre fuera del objeto de su análisis o contemplación-, sino de sujeto a sujeto; en ellas se vive el encuentro interpersonal, la ligazón. En las relaciones humanas uno se siente implicado con el otro, interpelado, urgido, invitado, incitado, atraído. Estas relaciones, complejas e indescriptibles, exigen un lenguaje distinto del meramente racional, el lenguaje simbólico. Este lenguaje explicita y construye la interrelación, imbricación, comunión. Donde acaban el discurso y las largas definiciones comienza el lenguaje simbólico; otro tipo de conocimiento y comunicación menos explícito, ambiguo, pero más penetrante, incisivo, certero y buceador. (Cfr. J.M. Rovira Belloso, *Tratado de Dios uno y trino*, Salamanca 1993, pp. 268-270).

La definición del ser humano como «animal racional» no es cierta si junto a ella no se escribe también: «Y animal simbólico».

(E. Casirer, *Antropología filosófica*, México 1963, pp. 45-75; J.M. Velasco, *La sacramentalidad de la existencia, en la religión en nuestro tiempo*, Salamanca 1978, pp.198-212; *El simbolismo de las religiones*, en Varis, *Lenguaje científico, mítico y religioso*, Mensajero, 1979, pp.161-210).

Proponer que el catequista sea «UNA PERSONA QUE PERCIBE LO SIMBÓLICO Y SIGNIFICATIVO» no es destacar una cualidad más del catequista, a fin de que pueda desarrollar una buena pedagogía, sobre todo con niños y adolescentes.

Se trata de que sea un ser humano con su cuerpo, carne, sangre, tierra, tiempo, cosmos, interioridad, espíritu, hondura, yo viviente. Lo «simbólico» no es una cualidad conveniente, sino un aspecto constitutivo de su ser persona creyente. «Lo simbólico es esencialmente constitutivo de la existencia humana» (J.M. Castillo, *Símbolos de libertad*, Salamanca 1981, p.182). Sin el desarrollo de esta dimensión humana no hay nadie que pueda ayudar a los demás a desarrollar su propio proyecto personal, descubierto por la fe en Jesucristo. Sólo si se desarrolla armoniosamente lo que uno es, se puede hablar de madurez. Desplegando todos los niveles de la persona se entra en contacto con los diversos niveles de la realidad, superando la percepción plana, lineal, unidimensional de la misma.

El catequista es un hermano/a-acompañante, servidor del camino, educador de la fe. Esa fe que es conversión a un modo de ser persona en el mundo en relación con Dios y con los demás y que lleva consigo un modo de estar en la realidad, de percibirla, de entrar en contacto con ella, de expresarla, de comunicarla. El ministerio

catequético es un servicio pedagógico que atiende a la transformación y desarrollo de toda la persona llamada a convertirse. Es un educador de la inteligencia-la razón-el discurso, de la libertad-decisión-opción fundamental-responsabilidad, del sentimiento-afecto-pasión, de la sensibilidad como apertura hacia el sentido. Es un servicio de acompañamiento en el proceso de cristalización de un modo de ser, de existir, de sentir, que conlleva la unidad de todas las esferas de la vida personal.

Pero, nadie comunica lo que no tiene; nadie puede ayudar a otros a descubrir lo que no ha encontrado; nadie puede iniciar a un camino en el que no está, que él mismo no ha recorrido.

I. EL CATEQUISTA, UNA PERSONA INTEGRADA

El catequista no tiene por qué ser perfecto, pero sí ha tenido que realizar el proyecto de estar siendo una persona integrada: en la que la hondura y la superficie, lo interior y lo externo, lo oculto y lo visible, el espíritu y el cuerpo hallen en su experiencia personal la unidad indisoluble que les es propia.

Ni desde una perspectiva antropológica, ni en la realidad del mundo, ni desde el universo de la fe hay dos mundos separados; aunque tengamos la tentación de separarlos cuando los distinguimos. En la realidad hay pisos diferentes, pero todos ellos forman un sólo edificio, una sólo estructura: lo latente y lo patente, la trascendencia y la inmanencia, lo espiritual y lo material, los sentidos y el significado. Todo forma la unidad de lo real.

La persona adulta, creyente, y además catequista, no puede vivir escondida. El modelo fundamental de la fe en la que cree, su programa, se inspira en LA ENCARNACIÓN: lo «otro» está presente en lo «esto», lo «diferente» se hace presente en lo «nuestro», la luz resplandece en la carne opaca, lo trascendente se revela en la immanencia, lo absoluto en lo relativo, lo perenne en lo contingente. «Dios» ha devenido «hombre» y se revela de tal manera en la criatura que, no reconocerle en ella -en lo «otro-de-Dios»-, es incapacitarse para descubrirle y entrar en relación con él. La «carne» está desbordada de gracia y de verdad, de luz y de vida, de Dios (Jo.1, 12.14.16). (K. Rahner, *Para la teología de la encarnación*, Escritos de Teología, IV, Taurus 1961, pp.139-158).

La existencia en la fe tiene conciencia de este hecho fundamental que abarca todo lo existente: «Dios se está revelando... desde el cielo... Porque lo que puede conocerse de Dios (los hombres) lo tienen a la vista, Dios mismo se lo ha puesto delante; desde que el mundo es mundo lo invisible de Dios... resulta visible para el que reflexiona sobre sus obras... (a fin de que se pueda) descubrir a Dios (y tributarle alabanza y ser «sabios»)» (Rom. 1,18-22).

Esta realidad llega a su plenitud en Jesús «modelo y fin del universo creado» (Col 1,17), «imagen de Dios invisible» (v.15), en el que «se reconcilia lo terrestre y lo celeste» (v.29), «lo visible y lo invisible» (v.16). Como imagen o forma (Fil 2,6) «la gloria de Dios» está reflejada en su rostro, para que lleguemos a conocerlo (2 Cor 4,4-6). Profunda convicción cristiana que Juan no se cansa de repetir: «a este hombre... Dios lo ha marcado con su sello» (6, 27). No es la marca de un tampón sobre una superficie plana; es la marca de la unidad indisoluble entre Dios y Jesús: «yo y el Padre

somos uno» (10, 30), «el Padre está conmigo y yo con el Padre» (v.38), «yo no estoy sólo está conmigo el Padre» (16, 22). Conocer a Jesús es conocer a Dios» si supiérais quién soy yo, sabríais también quién es mi Padre» (8,19)-; reconocer las obras de Jesús es aceptar la acción del Padre; amar a Jesús es amar a Dios- «negarse a honrar al Hijo, significa negarse a honrar al Padre que lo envió (5,23). «Cuando uno me ve a mí-» el hijo de José cuyo Padre y madre conocemos» (6, 42)- ve al que me ha enviado» (12, 45). Esta pretensión de Jesús es tan clara y desconcertante, unir Dios y hombre, que intentan apedrearlo por blasfemo: «porque tú, siendo hombre, te haces Dios» (10, 33).

«Nadie se acerca al Padre sino por mí; si me conocéis a mí, conoceréis también a mi Padre... Creedme, yo estoy con el Padre y el Padre está conmigo; al menos dejaos convencer por las obras mías. Sí, os lo aseguro: quien cree en mí hará obras como las mías y aún mayores» (14, 6-12).

Después de Jesús los seres humanos pueden seguir haciendo obras que son revelación del mismo Dios. El acontecimiento de la unión y la revelación de lo divino en lo humano sigue estando presente. Todos estamos llamados a reproducir «la imagen del Hijo» (Rom 8, 29); nosotros «reflejamos la gloria del Señor, transformándonos en su imagen con resplandor creciente» (2 Cor 3, 18). La iniciativa de Dios sella la Alianza con el ser humano: «los dos (el Padre y Jesús) vendremos con él y viviremos con él» (Jn 14 23), perpetuándose en medio de la historia el mismo misterio de Jesús de Nazaret: «yo les he dado la gloria que tu me diste, la de ser uno como lo somos nosotros, yo unido con ellos y tú conmigo, para que queden realizados en la unidad; así

sabr  el mundo que tú me enviaste y que los has amado a ellos como a mí» (17, 22-23).

La unión de lo visible y lo invisible es tal que sólo podemos llegar a la comunión con lo divino en lo humano. «A Dios nadie lo ha visto nunca» (1 Jn 4,11), «am monos unos a otros, porque el amor viene de Dios y todo el que ama viene de Dios y conoce a Dios. El que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor» (vv.7-8); «quien no ama a su hermano a quien está viendo, a Dios, a quien no ve, no puede amarlo» (v.20).

Lo espiritual no se opone a lo material, lo «otro» a «esto», el «más allá» al «más acá», lo divino a lo humano. Están indisolublemente unidos, matrimoniados, alianzados. La realidad más profunda no est  fuera de su apariencia, sino que est  dentro; el espíritu no está separado del cuerpo, sino que se incorpora y el cuerpo se espiritualiza. Cuanto más espiritual, más corporal; cuanto más materia más espíritu: la Palabra se ha hecho carne (Jn 1,14).

«El hombre, capitula en sí el cosmos. Es la unión de la materia y del espíritu... Humaniza la materia y por ello es divinizado. Humanizando el mundo entra en posesión de la creación. Así se posee la naturaleza completa y posey ndola se está más cerca de Dios. Cuanto más materia, más cerca del Espíritu. Esto tiene su expresión noética en el símbolo: este es la articulación misma de la densidad de la materia, que conserva la totalidad del ser; hasta que la totalidad de la materia sea investida por la totalidad del espíritu» (M.D. Chenu, *Pour une anthropologie sacramentelle*, en LMD 119 (1974) pp. 95-96).

El mundo sensible es, a la vez, el mundo inteligente y nuestra inteligencia es una «inteligencia sentiente» (X.Zubiri, *Inteligencia sentiente*, Alianza Editorial 1984). Hay un mirar material y mecánico que es, al mismo tiempo, «visión», comprensión, aprehensión de la realidad, entrada en contacto con ella. (J. Marias, *Antropología metafísica*, Revista de Occidente, pp.19-23). Toda la realidad está unida conectada, transida, entrelazada. Dios, que es la raíz de todo «otro» ser suyo distinto de él, está en el fundamento, origen y desarrollo, uniendo lo existente en el lazo de una sola familia y permaneciendo él mismo como la trabazón. El innombrable, invisible, inverificable está presente en lo nuestro de un modo dinámico, haciéndose notar en la misma corteza del mundo y del hombre: «el cielo proclama tus maravillas» (Sal 89, 6). Gracias al símbolo lo incondicional aparece en lo condicionado, lo infinito en lo limitado; lo material es epifanía, transparencia, de lo espiritual. (J/Duphy, *Paul Tillich et le symbole religieux*, París 1977; K.Rahner, *La unidad del espíritu y la materia en la comprensión de la fe cristiana*, *Escritos de Teología*, VI, Taurus 1969, pp.181-202; *Para una teología del símbolo*, e.l., IV, Taurus 1964, pp.283-321).

Un catequista desintegrado, dualista, desconexo, sin lazos que unan todas las dimensiones de su existencia -personal, relacional, social, cósmica, creyente- es una persona desparramada, desfondada, escindida, hueca por dentro.

La unidad, sin confusión, de todo lo existente libera al catequista del dislocamiento entre la vida y la fe y el mundo, Dios y la realidad humana, el individuo y los otros o la comunidad, la persona y la sociedad, la fe y el compromiso político, la fe y su expresión y

la celebración. Cuando todo se vive separado es muy difícil conciliar y estructurar el mundo divino y humano.

Además, la unidad de lo real libera de la parcialidad. No se puede reducir la vida verdaderamente humana y de fe a lo meramente espiritual, convirtiéndose en un ser etéreo, volátil, casi angélico, alejado de la materia, el barro, la tosquedad de la carne. Este desequilibrio genera actitudes de abandono, huida, desprecio, rechazo, condenación de lo corporal-materia-mundano. «El principio encarnatorio... hace imposible todo discurso espiritualista y... valora en su debido precio toda la importancia de lo sensible, lo material... lo corporal. (L.Maldonado, *Fiesta popular y pietismo sacramental*, Fund. Sta. María 1987, p.10). No hay que anular el cuerpo para potenciar el alma.

Tampoco se puede reducir la vida a su dimensión corporal, hundiéndose en un espeso materialismo, en el que sólo lo invisible, lo inmediato y tangible merezca ser tenido en cuenta. No se puede pasar por alto que el «ahora» está abierto al «mañana», el «aquí» al horizonte, el cuerpo a su interioridad, la satisfacción al anhelo inalcanzado. No se puede reducir todo a la necia sentencia de Nietzsche: «el sabio dice: todo mi yo es cuerpo y el alma no es sino el nombre de algo propio del cuerpo». (*Así habló Zarathustra*, ed. J/M/Valverde y J.C. García, Planeta 1993, p.33).

Todas las dimensiones de lo humano y del mundo visible e invisible están unidas y se afirman y construyen una en la otra, no una a costa de la otra.

II. LA INCORPORACIÓN DE LA FE

El ser humano es corporal. Uno se experimenta, se piensa, se representa corporalmente. Yo soy «cuerpo»; el otro es «cuerpo». La vida humana, la vida de la fe, acontecen corporalmente; el proyecto humano se desarrolla en el propio cuerpo.

En la estructura humana no es primero el espíritu y después lo corporal o al revés. Lo humano sucede a la vez en todas las dimensiones y se desarrolla armónicamente cuando se mueven al unísono todos sus niveles.

La teoría en torno al lenguaje nos muestra que no es primero el hombre y luego la producción del lenguaje, sino que están tan unidas conciencia de sí y expresión, que el lenguaje le hace «hombre» al ser humano. El lenguaje le hace hombre en acto; llegamos a ser sujetos, hablando. «Sólo se es hombre hablando». (L.M.Chauvet, *Símbolo y sacramento*, Herder 1991, p.91).

En el lenguaje no se pueden separar interioridad y exterioridad. La expresión no saca fuera una interioridad ya construida antes de expresarse. No se debería pensar que «la expresión es exterior suponiendo adquirida en alguna parte una interioridad». Estas dos dimensiones «pasan la una en la otra». Toda «impresión» sólo puede tener forma humana en la «expresión» que la realiza, todo pensamiento «se forma al expresarse». (E. Ortigues, *Le discours et le symbole*, Aubier-Montaigne, Paris 1962, pp. 27-28). El lenguaje no es una mera envoltura del pensamiento o su traducción, no hay pensamiento que «existiría para sí antes de la expresión», «la operación expresiva realiza o efectúa la significación». (M.Merleau-Ponty,

Fenomenología de la perception, París 1945, pp.212-214). A. Vergote denuncia esa creencia según la cual se piensa que hay un desdoblamiento entre la intención oculta y su manifestación pública. No es así: «el signo expresivo es la propia carne de la intención que nace al tomar forma significante»; de este modo, en el amor «la expresión realiza lo que significa: el amor inventa la expresión y esta crea el amor». (*Interprétation du langage religieux*, París 1974, p.207-208).

K. Rahner encuentra el fundamento del símbolo en la misma esencia del ser: «el ente es por sí mismo necesariamente simbólico, porque necesariamente se «expresa» para hallar su propio ser» (*Para una teología del símbolo*, e.l. p.286). El ser se realiza desarrollándose y se desarrolla en la medida en que va alcanzando su propia expresión de una realidad interior que puede acontecer independientemente de él; corporalidad e interioridad forman una unidad y caminan al mismo ritmo. «La acción del espíritu no sólo se significa en lo sensible, sino que no finaliza y llega a ser plenamente espiritual más que en lo sensible... La intención comienza en el espíritu, pero no llega a ser ella misma, ni se determina más que por el gesto corporal. Nuestras acciones corporales no sólo nos expresan, nos transforman..., nos cambian». (P. Agaësse, *L'anthropologie chrétienne selon S.Augustin, Image, péché, grâce*, París 1986, p.34).

Aquí encuentra su fundamento antropológico la necesidad de expresar y celebrar la fe, para que esta llegue a realizarse como verdadera fe humana. «La dimensión sacramental (simbólica) del ser humano viene por lo tanto del hecho de que el cuerpo es a la vez signo y signo eficaz de lo espiritual: existe en efecto un doble

movimiento entre el alma y el cuerpo, el que va del alma al cuerpo en relación a la expresión y el que viene de éste a aquélla en relación a la eficacia». (B. Sesboivé, *Pedagogie du Christ*, Cerf 1995, p.112). Por eso se puede afirmar que el cuerpo es el «quicio» de la salvación (Tertuliano) o que «los sacramentos son el lazo carnal con Dios» (Fr. Mallet-Jori, *La maison de papier*, Paris 1970, p.217).

La interioridad llega a ser humana en su misma expresión. Cuando se da forma o cuerpo a algo, queda constituido como nuestro. (L.M. Chauvet, *Du symbolique au symbole*, Paris 1979; E. Benveniste, *Problèmes de linguistique générale I*, Paris 1966; L. Maldonado, *Sacramentalidad evangélica. Signos de la presencia para el camino*, Sal Terrae 1987, p.26).

La vida humana -la vida interior, personal, de fe-se realiza en el cuerpo y por el cuerpo, en los sentidos y por medio de ellos. «Lo más espiritual se presenta en lo más corporal» (L.M. Chauvet, *Símbolo y sacramento*, o.c., p.153). Los «sentidos» -corporales y externos- y el «sentido» o significado -oculto- están unidos por la facultad de la «sensibilidad»: que es la capacidad de lo sensible para captar y entrar en relación con lo que no se toca, no se oye materialmente, no se ve. El sentido se revela a través de los sentidos y los sentidos extienden sus antenas de percepción para captar hasta el más lejano sentido gracias a la sensibilidad, a la capacidad de recepción, vibración, sincronización, simpatización, conexión, apertura. La sensibilidad es el modo humano de estar en el mundo; es el nudo en el que se entrelazan el significante y el significado, para que podamos percibir el sentido en los sentidos.

La sensibilidad de los sentidos nos adentra por el camino de la sabiduría y del saber -saepere-: del conocimiento en profundidad, del gustar o saborear la realidad, de percibir la técnica y su brillo, la razón y su horizonte, la verdad y su desbordante bondad, la proposición y su relación, la idea y su perfume, la ley y su espíritu.

Lo inexpresable se capta en lo corporal, pero sólo si lo corporal se hace camino para entrar en contacto con lo invisible. Hay que incorporar la realidad, permitiendo que todo lo existente, hasta el mismo Dios, se incorpore a nosotros. ¡Meditaba, guardaba, engendraba, encarnaba lo vislumbrado por la fe en su corazón! (Lc 2,19.51) Así es como la Palabra profunda se hace carne y la carne se hace Palabra, dando a luz la Luz recibida: lo engendrado -Hijo de Dios-(Lc 1, 32) es la carne nacida -hija de Dios- (Jn 1, 12). El Prefacio I de la Navidad canta esta articulación de lo humano y de lo divino: «Gracias al misterio de la Palabra hecha carne, la luz de tu gloria brilló ante nuestros ojos con un nuevo resplandor, para que, conociendo a Dios visiblemente, El nos lleve al amor de lo invisible -per hunc invisibilium amorem rapiamur-». Lo «visible» nos arrastra, seduce, conduce no sólo «hacia» sino «in», es decir, en lo visible se realiza el poder entrar dentro de lo invisible; la comunión, el entrañamiento, incorporación.

Por la sensibilidad corporal, cuyas ventanas son los sentidos, podemos entrar en relación. La sensibilidad hace del cuerpo opaco una materia transparente, por la que nos mostramos a los demás y al mundo para entrar en comunión con ellos. En torno al cuerpo sensible se organiza toda la constelación de los diversos símbolos; la actividad de los cinco sentidos unidos a los demás y al cosmos genera un ejército innumerable de símbolos, mediante los que la

persona sale de sí revelándose y comunicándose. «Revelación del alma que es el cuerpo...; nuestros ojos las manos del espíritu» (Miguel de Unamuno, *El Cristo de Velázquez I, III*, Espasa-Calpe 1967, pp.15-16).

La sensibilidad humana no es sólo la transparencia por la que nos asomamos a los demás; es también capacidad para reconocer la presencia de todo lo que no soy yo, que es a su vez transparente y se muestra con su profundidad. Lo que no soy yo, posee una hondura en la que se puede bucear. El mundo entero es transitable, es una galería abierta hacia el sentido, un campo ofrecido a la penetración. «Respiro hondamente y el mundo me traspasa» (F.Umbral) (Mortal y rosa, Cátedra-Destino 1995, p.83). La persona y su entorno se construyen en el flujo y reflujo de relaciones gracias a los sentidos y su sensibilidad.

La unión de lo visible e invisible, de lo material y de lo espiritual, hace al cuerpo cristalino y entroniza en el mundo la categoría de la transparencia. Lo profundo tiene piel, está en la piel. Todo sale hacia afuera; todo entra hacia adentro. Entre la inmanencia y la trascendencia «existe otra categoría intermedia, la transparencia, que acoge en sí tanto la inmanencia como a la trascendencia. Estas dos no son realidades opuestas, una frente a la otra, excluyéndose, sino que son realidades que comulgan y se encuentran entre sí. Se tras-pasan, se conjugan, se combinan, se asocian, se religan..., con-viven una en la otra.

La transparencia quiere decir exactamente eso: lo trascendente, irrumpiendo dentro de lo inmanente, logrando que esto se vuelva transparente a la realidad de aquello. Lo trascendente, irrumpiendo

dentro de lo inmanente, lo vuelve transparente...No entender esto significa no entender nada del mundo de los símbolos» (L.Boff, *Los sacramentos de la vida*, Sal Terrae 1987, p.37). «Hay que hacerse transparente -la transparencia, Dios, la transparencia, pedía el poeta -para que el mundo pase a través de un configurado discurso. La inspiración es comunicatividad, la transparencia...» (F.Umbral, e.l., p.108).

Los sentidos son un punto de referencia importante de todo proyecto educativo y hacia ellos se dirige directamente la fuerza transformadora de la fe. Esta, como oferta de una nueva vida, dota al creyente de los sentidos que corresponden a su nuevo estado, el ciego de nacimiento recupera el sentido de la vista, el sordo es sanado.

Los sentidos de un creyente adulto son la sensible membrana de un micrófono de alta sensibilidad que registra el roce del más sutil sonido y vibra recibiendo cualquier rumor, la palabra más imperceptible; son antenas receptoras y emisoras que reciben y envían ondas y vibraciones delgadísimas; son como un espejo que se empaña ante el más leve aliento; como una hoja de abedul que tiembla antes de que le acaricie la brisa. Nuestros sentidos son como órganos de alta fidelidad, que leen la realidad con una increíble nitidez y que transmiten mensajes con más precisión que una fibra óptica.

El/la catequista, nueva persona adulta por la fe en Jesucristo, servidor del camino de humanización de los que comienzan a vivir según la fe o pretenden profundizar en ella, ha de esforzarse por tener afinada su sensibilidad, mediante el desarrollo sin medida de

sus sentidos corporales. En ellos vivirá lo que va a ayudar a vivir a los demás y con ellos comunicará lo que sus hermanos andan buscando.

El/la catequista ha de bruñir su sentido del tacto. Por él se hará sensiblemente presente a los demás y realizará la acogida. El tacto realiza la acción de la comunicación fraternal por el contacto, el ajuntamiento, la reunión: los cuerpos juntos, las manos agarradas, el abrazo, el roce, las caricias, el calor corporal. El tacto es ese sentido de todo el cuerpo que expresa proximidad, ternura, amor, cariño, acomodo, comunión. El tacto se manifiesta ante todo en las manos, en las que de un modo tan palmario aparece lo que uno es y la relación que establece con los demás. En ellas está esculpido nuestro interior y por ellas nos entregamos a los demás; nos descubren y nos donan. Las manos son las dos hojas en las que está grabada, como en un jeroglífico, nuestra autobiografía.

En ellas, no sólo en el rostro, se va labrando la historia de la vida; las dos palmas son un libro abierto ofrecido a leer a los otros. No sólo se lee en ellas el futuro, llevan escrita la memoria y son mi tarjeta de visita en este momento. Yo estoy en mis manos y el otro en las tuyas. Descubrimos quién es y cómo es el otro por sus manos: manos toscas, manos finas; manos hábiles, manos torpes; manos jóvenes, manos ancianas; manos de varón, manos de hembra; manos de rico, manos de pobre; manos cultas, manos rudas; manos ociosas, manos trabajadoras...Las manos se dan, se ofrecen, se entrelazan, se agarran. Con las manos se saluda, se despide, se sella un pacto, se ayuda, se comparte; y también con las manos se excomulga, se aparta, se condena, se rechaza, se ofende, se castiga, se manda; las manos matan o salvan, avasallan o

liberan, hieren o curan, reparten o roban. Hay manos inocentes, limpias, blancas; manos tendidas, caídas, levantadas, alzadas, de paz; manos abiertas, sin barreras, que vuelan como palomas. La mano llama la atención, avisa, despierta. Las manos bendicen, comunican energía, reciben en una empresa, instituyen en una función, crean solidaridad, designan, dedican, consagran. Con las manos trabajamos, creamos, moldeamos, comemos, repartimos; manos alfareras, artesanas, investigadoras, escritoras, ordenadoras, limpiadoras. ¡Qué buenas manos, qué malas manos! Hay manos que consuelan, que ayudan, que curan; manos que dan la mano, manos que echan una mano, que alargan la mano. Las manos hablan, se mueven hablando, gesticulan, escriben poemas de amor por la geografía de los cuerpos; las manos también aman penetrando por la piel hasta lo más hondo del corazón.

Cuando las palabras de los labios no son capaces de expresar todo, aún nos queda el gesto de las manos -las manos declaman-. Conocemos y reconocemos palpando; con el tacto se lee e interpreta la realidad; el tacto percibe lo suave, lo áspero, avisa del obstáculo y abre la puerta hacia el espacio libre. Si carecemos de ojos, seguimos teniendo las manos. Por las manos, como la boca de una fuente, salimos de nosotros y por las manos, como por dos afluentes decimos la realidad en el interior. El tacto corporal y su sensibilidad son fundamentales para desarrollar la vida de la fe: que es reunión, contacto, comunión o comunidad con Dios y con los hermanos. La comunidad se acoge besándose, se hace partícipe de la paz abrazándose, da con su mano lo que los demás necesitan -abriendo la mano que acapara y repartiendo con ella el pan-, entra en comunión con ese pan -Cuerpo entregado «con sus santas y venerables manos»-. Los creyentes juntan las manos, las entrelazan,

las abren o las alzan para orar; las manos se lavan, se ungen, se perfuman con el óleo del Espíritu; se imponen las manos; se bendice con las manos; en las manos se recibe el libro de la Palabra y el Pan eucarístico. Comportamiento cristiano que empalma con la práctica de Jesús, que tocaba a los enfermos para curarlos (Mt 8, 3. 14; 9, 25; 20, 34; Jn 9, 6) y a los niños para bendecirlos (Mt 19, 15) o se dejaba tocar por aquellos que se le acercaban con la fe de que con sólo tocarle quedarían curados (9, 20; 14, 34-36). Sentido del tacto que no reside sólo en la materialidad del tocar, sino en la sensibilidad para entrar en relación con el sentido profundo mediante la fe: «Hasta que no toque...y palpe con la mano...no lo creo...Trae la mano y pálpame...No seas desconfiado, ten fe» (Jn 20, 25.27); «tu fe te ha curado» (Mt 9, 22). La realidad está preñada y el tacto percibe el movimiento tembloroso de la vida que palpita dentro de ella: «lo que palparon nuestras manos» (1 Jn 1, 1).

Los ojos, por los que me asomo al universo y éste entra dentro de mí. Los ojos, que no son para mirarse a sí mismos, sino a los demás; lanzan hacia afuera. Los ojos unifican lo diverso y hacen de lo distinto un sólo paisaje. Por los ojos vemos la apariencia, pero también lo que está debajo y más allá de la línea del horizonte. El ojo ve el límite y el abismo, la luz y sus múltiples matices imperceptibles, la corteza y el corazón de la realidad. El ojo investiga, penetra, indaga, busca, intuye; todo ojo tiene la posibilidad de llegar a ver demasiado -lo que no pueden ver los ojos, que lo vean los ojos que pueden llegar a ver lo que no se ve-. El ojo ve la luz, pero también está preparado para ver en la obscuridad - «la lámpara del cuerpo es el ojo» (Mt 6, 22), la lámpara de minero que ayuda a caminar por la galería de la noche-. Los ojos comunican y reciben comunicación. Las personas habitan en sus ojos; los ojos alegres,

tristes, melancólicos, vivos, deprimidos. Con ellos miramos y con la mirada se dice todo; los ojos arden, encienden o abrasan; acarician; interrogan, llaman, arrastran. Los ojos salen lanzados como flechas a los ojos de los otros y se clavan en el corazón: «¡me ha mirado!», «¡sus ojos se me han clavado!», «¡me miró de una manera!». Mirarse a los ojos con respeto es signo de madurez y una acción de comunicación sincera. Hay ojos atrofiados que sólo miran y no ven más allá de sus narices; ojos deteriorados que han perdido la sensibilidad de la visión -los ojos son para «ver», no para que las cosas les golpeen materialmente y reboten como en un frontón-. Hay ojos que «miran sin ver» (Mt 13, 13; Jn 6, 36). «Jesús ha venido al mundo para abrir un proceso; así, los que no ven, verán (Jn 9, 41) «¡Dichosos vuestros ojos porque ven!» (Mt 13, 16). El catequista es ese ser humano creyente que ha sido curado de la ceguera de nacimiento (Jn 9, 1 ss.), que ha recibido la luz (1, 4-5-; 12, 36), que ve (Mt 13, 14), que vive en la luz (Lc 16, 8; Ef 5, 7-8), lee la Palabra, entiende los acontecimientos que contempla (Mt 24, 32-33), sabe mirar al otro (Mc 10, 17; Lc 22, 60-61) y descubrir sus necesidades (Lc 10, 31.33; Mt 25, 37-39). Es «testigo ocular» (Lc 1, 2; Hch 1, 3; 1 Cor 15, 5-8): «lo que existía desde el principio..., lo que vieron nuestros ojos, lo que contemplamos..., porque la vida se manifestó..., nosotros lo vimos... (y) eso que vimos... os lo anunciamos ahora, para que seáis vosotros solidarios con nosotros» (1 Jn 1, 1-3).

El mismo discurso se puede desarrollar en torno a los demás sentidos, todos ellos facultados para poder captar y comunicar la realidad del mundo y de Dios.

El oído: oír y escuchar, oír y entender, oír y recibir, oír y guardar, oír y dialogar. Oír y hablar: responder, entrar en relación,

comulgarse. Oír y pronunciar la palabra del encuentro; romper la mudéz de la incomunicación. El oído sensible abre los labios a la comunicación, la oración, la narración, la proclamación, el testimonio. Escuchar, proclamar, responder, son funciones fundamentales de la vida humana y, por lo tanto, de la vida cristiana, de las que el catequista ha de ser experto para poder iniciar. Todos los sordos están llamados a oír, todos los mudos a hablar (Mc 7, 31-37; Mt 9, 32-34).

¿Cómo sería posible escuchar la Palabra, ver su profundidad, contactar con ella sin gustarla, sin saborearla, sin participar de ella como quien come el más sabroso de los manjares? ¿Cómo se puede acercar uno al banquete de la vida y participar en él sin tener desarrollado el gusto, sin capacidad para paladearlo, sin sensibilidad para disfrutar de sus platos? ¿Cómo se puede llegar a saborear a Dios, si no se tiene presto el sentido del gusto? ¿Quién se sentará a la mesa eucarística, abierto a todas sus dimensiones y riqueza, si no ha desarrollado el sentido corporal en el que se apoya ese acto vital por excelencia que es el comer, el sentarse juntos a la misma mesa, el compartir comida de vida, el participar de la misma fuente de la existencia? ¿quién, sin sensibilidad en el gusto, podrá recibir al otro como pan ofrecido, como copa compartida, como agua viva que calma la sed? «Gustad y ved qué bueno es el Señor» (Sal 34, 9); «venid, comed y bebed gratis» (Is 55, 1); a los hambrientos, «dadles de comer» (Mt 14, 16); «me disteis de comer y de beber» 25, 35); «tomad, comed y bebed» (Mt 26, 26.28).

El olfato. Ese sentido tan atrofiado o perdido, víctima de la insensibilidad cultural, y que es un sentido tan carnal y, por lo tanto, tan espiritual como para poder percibir hasta lo más tenue, donde no

llega la vista, ni el tacto, ni el oído, puede llegar el olfato. Al otro, al amanecer, a la dicha o a la tragedia se los puede percibir por el olfato. El olor descubre que el otro ha pasado, que llega o que está presente. Gracias a él podemos rastrear con la esperanza de encontrar; podemos seguir sus huellas. El perfume del otro: ese perfume del espíritu que envuelve, que unge; el perfume del resucitado que embriaga y envuelve con un resplandor; el perfume de la plegaria que sube hasta Dios. ¡Ese perfume que desciende de los montes y asciende, como la niebla, desde los valles del espíritu! Perfume que, como un aceite, desciende de la cabeza a los pies, envolviéndonos en su manto (Sal 133, 2). «Son mejores que el vino tus amores, es mejor el olor de tus perfumes. Tu nombre es como un bálsamo fragante» (Cant 1, 2), «y tu aroma es mejor que los perfumes» 64, 10).

Bien se puede exclamar con Tertuliano ante la contemplación de la capacidad del cuerpo para captar la presencia de Dios, ofrecido como vida y amor:

«El cuerpo es el quicio en torno al que gira la salvación. Cuando el alma se une a Dios, este contacto tiene lugar a través del cuerpo. Se lava el cuerpo, para que sea purificada el alma; se unge el cuerpo, para que sea santificada el alma; se marca el cuerpo con el signo de la cruz, para que el alma encuentre protección; se hace sombra al cuerpo con la imposición de las manos, para que el alma sea iluminada por el espíritu; se alimenta el cuerpo con el Cuerpo y la Sangre de Cristo, para que el alma sea alimentada por Dios. Tampoco se pueden ambos separar en la recompensa final, una vez que en la tierra estuvieron tan íntimamente unidos en la obra de la salvación» (*De resurrectione carnis*, 8, PL 2, col. 806)

III EL CATEQUISTA, TESTIGO O SIMBOLO

La educación del catequista en el universo simbólico es algo que se le supone, si se le ha iniciado a la fe. A un catequista se le supone una fe adulta y, por lo tanto, una persona integrada en su dimensión corporal y espiritual. Esto es común a todo creyente convertido. Uno no es «catequista» por ser creyente, sino por ser un creyente-adulto-pedagogo. Tiene el ministerio catequético el que tiene cualidades relevantes para ayudar a los demás en la iniciación o profundización de la fe, y es elegido por la comunidad, y, además, acepta dedicarse de un modo singular a esta tarea. Como buen pedagogo tendrá que ser muy sensible para captar, vivir, mostrar y comunicar aquello en lo que quiere ayudar a educar. Y, para ello tendrá que tener un buen método para abrir los sentidos de los demás, a fin de que adquieran la sensibilidad de la nueva vida a la que se han abierto.

1.-El catequista, símbolo de la oculta presencia de Dios

El iniciador en la fe es un testigo o indicador de la presencia de Dios y sus caminos. Este testimonio no se realiza, primordialmente, con palabras, ni con acciones; se realiza con la totalidad de la existencia que revela ante los demás lo que ya está aconteciendo en ellos o lo que están llamados a ser o vivir.

Dios es interior al hombre; está presente en la raíz más honda del ser. El anunciador o iniciador no da a Dios, ni lo hace presente, ni anuncia a alguien que aún no estuviera, ni descubre nada que no exista. El anuncio y la iniciación consisten en ayudar a que el otro

descubra lo que hay en él, que caiga en la cuenta de lo que se le ha dado, que perciba el movimiento inquietante que recorre el fondo de su ser, que capte el rumor que no cesa de llegar a su costa. El catequista no da a Dios, sino que ayuda a que el otro descubra a Dios que ya está dado a él aun antes de que se dé cuenta; Dios que se le ha dado desde el primer instante de su existencia, y que no se ausentado de él ni un segundo.

El catequista lleva hacia, encamina hacia, indica hacia...: siempre hacia el interior, hacia ese núcleo humano en el que palpita el Dios humanado en nuestra misma humanidad. Conduce hacia ese encuentro indescriptible entre el que busca y el hallado. Entre Dios y el hombre hay una unión tal, que la comunión es fuente de la vida de ambos, sin que se confundan ni por asomo el abrazador y el abrazado.

La existencia del catequista es símbolo vivo del Dios-presente; imagen de Dios. Su acción de Dios: Dios habla por el que habla a su hermano; Dios acompaña con el que camina junto al otro; Dios presta ayuda con la ayuda fraternal; Dios consuela con el que da consuelo; Dios es presencia en la presencia ofrecida al otro. Lo que se hace al otro no sólo se lo hacemos a Dios- «a mí me lo hicisteis» (Mt 25, 40)-, también lo hace Dios -«yo te lo hice»-.

El buen servicio catequético debe conducir a poder exclamar. «Ya no creemos por lo que tú cuentas; nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que El es realmente el Salvador del mundo» (Jn 4, 42) «Nosotros ya creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios» (6, 69).

2.-El catequista, un creyente adulto que de un modo singular sabe dar razón de Dios

2.1 Mediante el lenguaje simbólico

A Dios no sólo no lo ha visto nadie; es que, además, «nadie le ha oído hablar». Es proverbial el «silencio de Dios», proclamado por todos sus testigos, a pesar de la profusión de «palabras» que han llegado hasta nosotros.

La experiencia de Dios, siempre tan difícil de discernir, es una experiencia indecible, inefable, indescriptible, inenarrable. Ante Dios, uno se queda asombrado, mudo, atónito, deslumbrado, maravillado, en actitud de adoración.

A pesar de todo, entre nosotros tenemos la necesidad de cometer la osadía de pronunciar palabras acerca de Dios, construir narraciones, sugerir imágenes; nos valemos de las cosas sensibles para hablar de lo inefable. Esta necesidad sin el símbolo, sin el lenguaje simbólico, no la podríamos satisfacer. El catequista tiene en sus manos la gran narración simbólica del SIMBOLO DE LA FE. El catequista es un narrador. Símbolo de la fe en el que no hay que confundir lo que se comunica con la imagen con lo que se entrega; en el que no hay que convertir la expresión en un ídolo; en el que la sugerencia -camino abierto hacia el océano sin riberas de Dios, no es un fórmula o jaula-de verdad-racional en la que podemos encerrar, dominar, definir, agarrar y, hasta manipular a Dios.

El catequista ha de encontrar la palabra justa para comunicar la experiencia. Ha de aprender a narrar. Tiene que ser un experto en construir narraciones.

Se le pide al catequista sensibilidad y técnica para captar el mensaje de la escritura en el lenguaje en que lo transmite y para recibir la Tradición de la fe de la Iglesia sin confundirla con la expresión cultural.

Ha de esforzarse por usar los arquetipos simbólicos fundamentales en el ser humano. Una lectura plana, lineal, material de la Escritura y del Credo puede no comunicar sino simples palabras y en pocas ocasiones mensajes ajenos o contrarios a los que pretenden entregar.

2.2 Mediante la acción simbólica

El catequista es un servidor que sabe ayudar a expresar y celebrar para poder vivir. Sabe que es imposible tener verdadera experiencia humana, y por lo tanto cristiana, sin expresarla; quedaría mermada, que se abortaría en su primer movimiento. Lo no expresado, lo expresado sin contenido, por romper la unidad del ser, no tiene cualidad humana. Cuanto más importante es una experiencia, más radical y honda, más hay que expresarla; porque su profundidad exige una dinámica expresiva en armonía con la hondura y su importancia pide una expresión adecuada a su relieve.

No vive humanamente quien no expresa lo que vive. No vive la fe quien no la profesa visiblemente y quien no realiza la acción de la fe con intensidad, quien no la celebra. La fe no expresada no sería fe humana y, por lo tanto, tampoco sería fe. Una iniciación sin acciones intensas simbólicas, sin celebración, no sería iniciación

cristiana, por destruir su supuesto humano. De ahí la indisoluble unidad entre la fe y la celebración, la catequesis y la liturgia; ésta es un componente esencial del acto catequético.

La celebración, o la acción intensa simbólica, no es para comunicar o subrayar una verdad aprendida. La catequesis no es para «alfabetizar» en la fe, como tampoco la liturgia es para «enseñar» o dar una idea de Dios y de la vida. La celebración es un acontecimiento, una acción vital, un encuentro, un acto configurador y transformador de la existencia.

2.3.-Mediante la lectura de los acontecimientos.

El catequista encamina al iniciando hacia dentro de sí -donde Dios habita- y, a la vez, lo conduce hacia afuera, al marco en que se desarrolla la vida y se engasta la relación y la solidaridad con los demás: el mundo y la historia. Nada es ajeno a Dios y, por lo tanto, Dios también se revela en las «afueras».

Dios sobrepasa todo inundándolo. Hay que aprender a leer su presencia en lo más sencillo, en la felicidad y también en el sufrimiento de las personas y de la humanidad.

A Dios se le encuentra en todo: en la historia negativa, que es mundo contra Dios y contradicción radical; en el pecado, la injusticia, la corrupción, la estructura del mal que genera la inmensa multitud de los pobres de la tierra. Dios es ahí contradicción radical, voz discordante, llamada a la rebelión, grito de liberación, clamor de los pobres, anuncio del Reino.

A Dios se le descubre también en lo positivo de la historia humana: en la comunión, la solidaridad, el servicio gratuito, la fraternidad, la libertad, la igualdad, la paz, el respeto a la naturaleza... ¡ En tantos acontecimientos, movimientos y grupos! En ellos hay una primicia de la realización de la humanidad de Dios.

Leer los signos de los y tiempos, escrutar los acontecimientos de la historia, descifrar los movimientos de las personas y los pueblos... Hay que iniciar a ello. Iniciación que sobrepasa la noticia sociológica para adentrarse en el misterio, para ver, oír, descubrir, entender, captar el significado último y la fuente de todo sentido, que es Dios. Leer para encontrarse con El entre líneas y transformar la vida y la realidad según Dios presente y actuante en ella.